

La corrida: un ritual táurico o expresión secular de religiosidad

(The bullfight: a ritual on bulls or an expression of secular religiousness)

Pérez Álvarez, M^a de los Ángeles

Univ. de Sevilla. Jardines de Triana, 37. 41807 Espartinas

BIBLID [1137-439X (2004), 26; 709-730]

Recep.: 18.07.01

Acep.: 09.01.03

Desde la Antropología, este análisis de la Fiesta de los Toros busca en sus prácticas y creencias una explicación que pueda dar claves para comprender valores y significados que en ésta se encierran. Lejos de ser un ámbito de folclorismo, en su interior, guarda toda una serie de pautas recurrentes, que nos traducen un mundo de ritualidad solemne y trascendente.

Palabras Clave: Religiosidad Popular. Creencias. Ritos.

Antropologiaren ikuspegia erabiliz, azterlan honek azalpen bat bilatzen du Zezenen Jaiari dagozkion ohitura eta sinesteetan, jai horren barneko balio eta esanahiak ulertzeko giltzak lortzearen. Folklorismoaren alorretik urrun da, errepikatzen den arau sail bat mantentzen du, eta horrek guztiak errealitate ospatsu eta transzendenteko mundua agertarazten digu.

Giltza-Hitzak: Herri Erlizjokotasuna. Sinesteak. Errituak.

A partir de l'Anthropologie, cette analyse de la Fête des Taureaux cherche, dans ses pratiques et ses croyances, une explication qui puisse aider à comprendre des valeurs et des significations qui y sont contenues. Loin d'être un domaine folklorique, il garde à l'intérieur toute une série de signes récurrentes qui traduisent un monde de rituels solennels et transcendants.

Mots Clés: Religiosité Populaire. Croyances. Rites.

INTRODUCCIÓN

En todos los pueblos en donde se producen corridas de toros, los seguidores de la Fiesta consideran la corrida un bello espectáculo, un arte, una manifestación cultural, que les viene heredada de épocas inmemoriales. Se piensa, que salvando todo contexto, este tipo de ceremoniales son el resultado de un proceso por el cual ciertos elementos van pasando de unas culturas a otras perpetuándose, parte de los orígenes de un tiempo en el que nacieron. En el ritual al toro se le considera símbolo de fortaleza, fiereza. El torero representa el valor, la destreza en un diálogo y lucha con el animal el tiempo que dura la lidia. Más tarde en una sucesión de símbolos, el público premia al torero, si la faena ha sido extraordinaria.

Este rito, ligado a la cultura mediterránea ha dado lugar a multitud de creaciones estético-culturales. El intercambio con otros ámbitos de la realidad ha sido una constante en lo taurino, grandes escritores, poetas, pintores, directores de cine, actores, actrices y un largo etcétera, se han visto atraídos por este “mundo de arte”. La corrida era un escenario privilegiado de este hecho, se reconocían en ellas la asistencia de muchos famosos y el lugar preeminente que ocupaban. Se observaba como los matadores en sus brindis, les hacían sujetos de toda clase de elogios, tanto como individuos, como por sus logros profesionales. Se establecía una relación amistosa entre ambas partes.

La utilización de lo taurino como referente de un grupo, sin tener en cuenta la multiplicidad de aspectos, elementos diferentes, con el rigor en el análisis que requiere la complejidad que encierra este ámbito, lo desnudan de sus verdaderos significados, valores, lo folclorizan. Es la degradación de lo que forma la idiosincrasia de este grupo social. Por otra parte, el acercamiento del público en áreas bien delimitadas, convierte a “lo taurino” como recurso identitario, en cada uno de sus elementos, para quienes lo valoran, lo interiorizan como propio.

En este mundo reglado y ritualizado, ¿qué lugar ocupa la religión? Hablar de religión significa, analizar su concreción y principalmente nos referimos, a la religiosidad del grupo protagonista en la Fiesta. Es esta expresión, la que interesa en este trabajo, como base para el análisis antropológico. Ver la forma de entender la relación con lo Sobrenatural adentrándonos en el mundo taurino para conocer de cerca, cuantos significados, valores pudieran dar norte, para esclarecimiento de interrogantes que se producen, como consecuencia de nuestro contacto en este marco o ámbito de poder.

Inicialmente, interesaba conocer las manifestaciones tanto verbales, como conductuales de signo religioso. Nos preguntamos, si el enfrentamiento con el animal provoca angustia, temor, sensación de desigualdad de fuerzas, que insta a los protagonistas en la lidia a apoyarse en un nivel superior conceptualizado de todopoderoso. Antes bien, podría ser tanto la ritualidad, como las relaciones personales íntimas fruto de la tradición encontrada una vez adentrados los sujetos sociales en el ámbito de esa práctica taurina, reminiscencia de creencias ancestrales proyectadas en lo taurino que se resisten a desaparecer. Por ello nos

preguntamos: ¿Sería posible la Fiesta sin religiosidad? ¿Podría existir torero sin religión?... Y hasta qué punto en este ámbito, ser torero y creyente es un “deber ser” que no se puede traspasar.

El intento de dar respuesta a algunos de los interrogantes ha tenido que pasar, por la observación directa de situaciones en las que los actores, se comportan o se expresan verbalmente para interpretación del investigador, haciendo uso de herramientas técnicas y conceptuales antropológicas. Siguiendo a Victor Turner, no sólo han sido relevantes los elementos, que han tenido algún significado para los informantes, sino también aquellos que no lo son y que pueden serlo, como respuesta a muchas conductas, que no se reconocen como existentes por pertenecer a la inconsciencia de éstos y como recurso para la armonía de la vida social del grupo.

A tenor de los nuevos tiempos, los mayores avances tecnológicos, la modernidad, el progreso, el mercado, parecen ser unos de los importantes absolutos sociales. Por herencia ilustrada nuestra sociedad posee la racionalidad occidental en el que estos cambios, percibidos como logro de la sociedad, son un paso más de la humanidad en el camino hacia estadios de perfección nunca vividos antes por el hombre. Con este contexto, la práctica religiosa en ciertos ámbitos de la vida social podría percibirse como caduco, ancestral o atrasado en dicha línea evolutiva, “abriéndose” un momento más profano de “libertad de conciencia”, de “laicización” de la sociedad. Pero a simple vista no, en este mundo taurino donde siguen rigiendo con fuerza creencias y prácticas religiosas, que acompañan al acontecimiento festivo.

Nuestra hipótesis defendería, que la religiosidad de los toreros es fruto de lo que se percibe como tradición, instituyéndose como seña de identidad del grupo. Tradición, que como señala Lenclud, constituye una “filiación invertida”, un proceso de reconocimiento de paternidad, difícil de olvidar. “La utilidad en particular de una tradición es ofrecer a todos aquellos que la enuncian y la reproducen cada día, el medio de afirmar su diferencia” (Lenclud, 1987: 9). Sería esta práctica religiosa posiblemente lo que Boyer señaló como tradicionalismo, que sería causa de tradición: “consiste en formarse una cierta representación de elementos culturales, en juzgar que algunos de ellos son una herencia del pasado y a preferirlos justamente por esta razón” (Boyer s.d.: 15, cit. en Lenclud, 1987).

Partiremos con Romero de Solís y siguiendo el modelo de Marcel Mauss sobre el sacrificio ritualizado, estableciendo la existencia de tres polos en la lidia: el sacrificado o toro, el sacrificador o matador encargado por delegación de ejecutar los ritos y según sagradas costumbres y como tercer elemento el sacrificante o público. El autor indica que el matador aparece en la tauromaquia como el representante o brazo armado, que asume la responsabilidad del cumplimiento de la ritualidad sacrificial. (Romero de Solís, 1995: 51-58).

En este sentido, se trataría de demostrar, que ese “hombre religioso” se construye como forma de vida por un devenir histórico teológico, en el que encuen-

tran significado estas prácticas. La constante relación directa de estos sujetos sociales con lo Sobrenatural, como parte integrante de una estructura trinitaria ancestral de ceremonial sagrado, se percibe como forma de diferenciación del grupo. Sin embargo, se crean reinterpretaciones modificadas de relación hombre/trascendencia en base a construcciones ideológicas aculturadoras, hegemónicas, que constriñen manifestaciones no institucionalizadas de la Iglesia. Manuel Delgado cita a Girard cuando señala éste, que la religión taurina no fue homologada por la Iglesia como hecho religioso quedando desestructurada, como parte expresiva de religión popular. (Delgado, 1986, cit. en Rodríguez Becerra, 1998: 83).

Joan Estruch viene a decir, que la Iglesia no constituye, sino una manifestación histórica del hecho religioso. Albert Samuel nos recuerda que las religiones primitivas, lo son porque son “primeras”, aunque arcaicas siguen vivas y actuales, tienen elementos de toda religión. Viene a decir este autor que: “Sociólogos, etnólogos, antropólogos, y a veces los mismos misioneros comprendieron que estos cultos primitivos merecían ser bautizados como religiones tradicionales”. (Samuel, 1997: 5).

1. VISIÓN DESDE EL TENDIDO O REPRODUCCIÓN DE UN MITO

Cuando las puertas se abren en la plaza, la gente espera ansiosa el comienzo de la corrida. No cabe duda, que el hecho de torear despierta muchas pasiones. Los toreros se convierten en ases, héroes de la lidia. Se espera, que transmitan emociones. Algunos son para sus seguidores, “califas”, “hitos” del toreo, otros “faraones”. La terminología muestra qué significan estos hombres para los que le vitorean. Semejante analogía es utilizada cuando se considera que el protagonista, vestido de luces, posee ciertas características extraordinarias.

Al torero se le exige valentía, elegancia natural y “duende” para que levante admiración, es más, incluso, debe tener “figura torera” más allá del albero. La torería debe acompañarle siempre. Y ¿qué se entiende por torería?. Es, cierto tipo de comportamientos, gestos, valores, participar de los códigos compartidos por el grupo, es una filosofía, una forma de vida que trasciende al acontecimiento. El maestro debe haber recopilado infinidad de triunfos, los méritos demostrados en el toreo son los que le dan esa categoría entre “los suyos” y los aficionados. No todos llegan, algunos quedan en otro nivel. Es en ese reconocimiento donde se pone en juego toda una simbología que acompaña al ritual de la Fiesta, que determinará en muchos casos el triunfo de unos y el fracaso de otros.

En el consenso social del ritual se expresan los valores del grupo, como así lo señala Wilson: “Los rituales ponen de manifiesto los valores en su nivel más profundo (...) en el ritual los hombres expresan lo que más les conmueve, y, habida cuenta de que la forma de expresión es convencional y obligatoria son los valores del grupo los que en ellos se ponen de manifiesto. (Wilson, cit. en Turner, 1968: 18).

El público como tercer elemento de la estructura trinitaria del sacrificio, es decir el sacrificante, tiene la conciencia, plantea Romero de Solís que, “en el curso de la ceremonia y en virtud de la intervención de lo sagrado recibirá en beneficio un nuevo estado de ánimo que se traducirá en una elevación espiritual que carecía antes de la ceremonia o ejecución de la víctima”. Continúa señalando, “la actuación inspirada del matador puede hacer sentirse poseído al aficionado por una exaltación maravillada” y yo diría, le otorga al sacrificador el beneficio de aparecer como un ser majestuoso, cuasiespiritual, en un nivel entre dos planos lo terrenal y lo místico, dotado de un “don” que ya se presupone por la afición, que tienen los buenos matadores. Suárez-Inclán, profesor de lengua, literatura e historia se preguntaba: “¿Por qué el torero es un héroe? ¿Ha sido engendrado por un dios y un mortal?... el torero no es héroe mitológico, ni aristocrático; es un héroe moderno y popular, (...) que cumple con la tarea que les está encomendada a los héroes: realizar una hazaña admirable para la que se requiere mucho valor”. (Suárez-Inclán, 1993: 34). Para ello, la simbología puesta en juego en la contienda hombre-toro, enriquece el acontecimiento y momento, tras momento el público que llena la plaza, observa cada gesto, cada comportamiento del torero frente al animal. Toda una serie de valores compartidos entran en funcionamiento. El maestro debe dar todo lo que se espera de él en una sucesión de etapas. De ello, dependerá su prestigio, que llegue a ser un “figura”, es decir que se le reconozca como un ser especial, dotado de unas cualidades que sólo pocos poseen.

Es observable que la representación no es un espectáculo frívolo, muy al contrario, cuando se visita una plaza para asistir a una corrida se aprecia la seriedad del fenómeno, la majestuosidad de los toreros y la fuerte implicación del público participante. Victor Scholz en el prólogo del editor al libro de Aulestia escribió en 1967, refiriéndose a la Fiesta: “No es un deporte, un juego, una competición o una mera diversión; tiene un contenido filosófico, mítico y esotérico” (Scholz, cit. en López Izquierdo, 1996: 8). No se pretende negar que el mundo de los toros entre en escena, incluso en vivo y en directo, como sucede en el espectáculo de Salvador Távora y a través del espada malagueño Javier Conde o el rejoneador Ángel Peralta, entre otros. En *Don Juan en los Ruedos*, ópera popular de caballos, bailes y cantes en el marco de una corrida, la escenografía no es más que la representación teatral de una obra, no existe pretensión de lidia formal.

Generalmente, en el contexto ritualizado trascendente expresado por Scholz la ordenación es diferente, la plaza deja de ser ese escenario fantástico de opereta, para convertirse en un santuario teñido de religiosidad. Como acertadamente describe Kottak en los lugares mítico-mágicos, la zona interior se convierte en lugar sagrado, los peregrinos constituyen de forma temporal una comunidad, guardando las mismas reglas, comportándose de un modo similar y los alrededores se convierten en sitios de tránsito de un espacio secular a otro sagrado. La visita a la plaza se convierte en una obligación para los seguidores, los peregrinos viajan cada año para cumplir sus votos. Para este autor las ceremonias que inspiran sentimientos religiosos, no tienen que adolecer de aspectos grises, sobrios ascéticos, la diversión, no tiene que ser de dominio separado.

(Kottak, 1994: 482). Así, reconoceremos en los cosos un ambiente festivo, de sociabilidad, incluso de algarabía en alguna ciudad. Más tarde, al finalizar cada faena, el astado yace inmóvil en la “arena”, la contienda finaliza y entre exaltación de los asistentes por la victoria del “maestro”, éste triunfante da la vuelta al ruedo, a veces, mostrando partes del animal, que el público le ha concedido como muestra de su éxito frente al toro. Existe en algunos momentos, esa extraña combinación de muchos rituales festivos-religiosos de recogimiento y algazara.

2. VISIÓN DESDE EL RUEDO O REPRODUCCIÓN DE UN RITO

Hemos visto, qué se espera del torero, en la lidia entre los dos contendientes. Ahora tendríamos que precisar, qué espera el torero de su puesta en escena, qué significa para él, el triunfo o la derrota.

A nadie pasa desapercibido, los signos de religiosidad, que los actores muestran ante el público, normalmente llevan colgadas medallas de cristos, vírgenes, santos, se presignan antes del paseíllo, peregrinan al Rocío, salen de nazarenos. Todos reconocen, que practican algo de esto, incluso, los que se sienten “no creyentes”, si se les pregunta, por qué lo hacen explican, que por razones de fidelidad a sus raíces, es su cultura, lo que los padres les han enseñado. La familia se constata, en este caso, que es un universo rico de valores que se reproducen. Es esa unidad básica de identidad social que se interpreta por sus miembros en términos de lazos de sangre. En “lo taurino” la corporatividad del grupo familiar funciona con gran fuerza. Así un banderillero me comentaba que su padre también torero como él, no era creyente, sin embargo la Virgen del Rocío también la llevaba siempre colgada: “Así me lo enseñó mi padre y así tengo que hacerlo yo”.

La gran mayoría, hay que decirlo, son creyentes de alguna imagen por lo que he podido comprobar en mis entrevistas y en las medallas observadas. En Andalucía actualmente, el referente más importante para los toreros, el símbolo que los une en devoción es la Virgen del Rocío. Reconocen, que las invocaciones son muchas y variadas, el Gran Poder, la Macarena, la Trianera, en general, el patrón o patrona de las localidades de cada cual, son las imágenes más rezadas en los momentos críticos de la Fiesta. Sin embargo, caso único es la Virgen del Rocío, símbolo dominante con el que la mayoría se identifican, digamos, que es la imagen de gran recurso simbólico, aglutinadora, pudiendo funcionar como representación que une en devoción al grupo. Advierten los matadores, que para los no nacidos en esta comunidad el fervor puede estar dirigido a la Virgen del Pilar, a la de Montserrat o como en el caso de Antoñete a la Virgen de la Paloma: “ Soy creyente, pero no todo lo que debería, y soy egoísta porque siempre paso a verla para pedir algo, sobre todo cuando voy a torear” (Feiner, 2000: 88). Se distinguen claramente entre toreros andaluces y los que no lo son en cuanto a la imagen de la *Blanca Paloma*, llamada así por los peregrinos romeros. Comentan sin embargo, que se pueden producir prestamos devocionales, incluso con otros países, existen toreros mexicanos que rezan a la Virgen del Rocío y toreros andaluces que rezan a la Virgen de Guadalupe.

Existe una gran diferencia de significados entre la religiosidad de toreros veteranos y la de los más jóvenes en activo. En los mayores, el sentimiento de pertenencia a la comunidad religiosa católica es más fuerte. En sus apreciaciones existe mayor coherencia, entre las prácticas y su discurso religioso. Los jóvenes están más abiertos a comprender toda clase de creencias en sus compañeros, entre ellos, se goza de mayor libertad y no existiría la sanción que podría venir por ideologías menos flexibles de generaciones anteriores. Hay que decir sin embargo, que todos atesoran cualquier imagen, estampa o medalla que caiga en sus manos, a las que se encomiendan antes de ir a la plaza. La ambigüedad está muy presente, en muchos casos entre éstos, quizá se deba a la relación entre la tradición encontrada en lo taurino y el momento histórico más “profano”, que les ha tocado vivir. Cabe señalar, que el recogimiento después de vestirse de torero, ante una especie de capillita, montada en casa o en el hotel con todas las estampas y medallas que poseen es usual. Muchos se arrodillan, rezan para que todo salga bien, antes de salir para montar en el coche de cuadrilla, que les dirige a la plaza.

En ella, se visita la capilla para rezar, convirtiéndose en un momento ritualizado. La figura central suele ser el patrón o patrona de la localidad acompañados de otros santos, que despiertan gran aceptación en la comunidad. Las capillas suele ser pequeñas y con algún banco o sillas de madera. En la Maestranza de Sevilla, existe una antesala con dos bancos laterales y en la capilla se encuentra un reclinatorio frente a la imagen central o Virgen de la Caridad, a ambos lados podemos encontrar la Virgen de la Macarena, la del Baratillo y Jesús del Gran Poder. Generalmente, se reúnen matadores y subalternos, pero sin ningún orden rígido establecido, alguno puede retrasarse por firmas de autógrafos, entrevistas y otros adelantarse al grupo buscando intimidad. El picador suele entrar sólo, pues su llegada a la plaza se realiza con anterioridad, para probar y sudar el caballo.

Según he podido constatar, prefieren muchos la relación directa en ese momento elevado, sin necesidad de intermediarios. Algunos comentan, que es preferible que no se produzca la presencia del sacerdote, se sienten incómodos. Un “no creyente” y fiel a sus raíces, matizaba: “...voy a la capilla en la plaza, pero si veo a un sacerdote, me voy y eso me pasa a mí y a otros compañeros creyentes”. No dejó claro los motivos, pero la labor de intermediación, sí lo estaba, que no era de su agrado y hacía referencia, que los que sí creían, igualmente expresaban lo mismo.

Podría responder al papel concedido como sacrificador propiciador en su relación directa ante lo espiritual y frente al astado, que se contradice en presencia de otro sacrificante o sacerdote en el sacrificio simbólico de la Misa. Tendríamos que resaltar dos puntos en esta ideología que domina en el grupo social:

- Primero, en la inconsciencia, existiría una negación de superposición de roles, duplicidad de victimario o lo que sería peor la sensación de estar en presencia de un pesquisador, con una tendencia clara de eludir dicho

momento de invasión del propio espacio. Sería una actitud empinada con la supresión de toda persona capaz de ofuscar su autonomía o relación directa ante lo Sobrenatural. La relación con los sacerdotes sería, más de amistad fuera del momento recogido, que de búsqueda de guía para la salvación. Existe, sin embargo, entre ambas partes intercambio de admiración. Me han comentado anécdotas divertidas entre toreros y sacerdotes, que traducen una magnífica relación entre ellos, como si de compañeros se tratara.

- Segundo, en la conciencia aparece la confusión en el aspecto religioso, pues los informantes relacionan creencias religiosas con creer en la Institución Católica. Cuando se les pregunta si son creyentes, interpretan por las repuestas dadas, que la pregunta es, si creen en la Iglesia, pues siempre, de alguna forma, hacen referencia a ésta en sus respuestas.

Joan Estruch en su teoría de la secularización propone como tipología para el análisis de la sociedad actual advertir, entre otros puntos, que:

“Nos hallamos ante la total confusión entre religión e Iglesia, como si crisis de la institución eclesiástica hubiera de ser el equivalente automático de la religión. En la autonomización de Iglesia y Estado, la sociedad se convierte en sociedad civil frente a la sociedad religiosa, provocando la denominada “privatización” de la religión y la radical subjetivización de todas las formas de creencias religiosas, en la medida que la institución religiosa deja de desempeñar ese papel preponderante en la integración de la sociedad”.

Weber por otra parte señala cómo se lleva a cabo la conexión entre lo divino y lo humano, cuando como dice Estruch la sociedad es desposeída de todo carácter sagrado y en la medida en que la institución religiosa deja de desempeñar un papel de primer orden se establecen, “...unas relaciones humanas directas y personales”(Weber: cit. en Estruch: 273).

Este último punto da respuesta, a la posibilidad de relaciones sin mediar ningún otro ser, entre los toreros y lo celestial. El actual contexto histórico de mayor libertad de expresión ayuda a reconocer y mantener ciertos comportamientos, que pudieran estar conectados con un pasado de raíces mitológicas, pero que pueden llevar al desconcierto actual, ante la consulta.

Más tipo de relación aparte, la creencia religiosa de los toreros se perpetúa en el tiempo. Subyace en el diálogo, que no ser creyente podría resultar visto, como una ofensa indigna, dirigida al Ser Sagrado, por el sujeto artífice de esa abertura en la relación. Ofensa, que podría entenderse, que implicaría, por extensión, al resto del grupo cohesionado como un todo comunal. Un antiguo matador me comentaba, que lo que otro torero dijo sobre que no era creyente, no debía haberlo dicho: “... no es eso lo que sucede en los toros, aquí todos creemos y está feo lo que él dice, porque no es verdad esa imagen que ha dado”. La idea de disfrutar de cierta protección está presente, les conduce al agradecimiento, otorgándoles los ceremoniales de religiosidad de la Fiesta,

una clara identidad frente a los externos. Argumentan los toreros, que rezan, porque deben estar respaldados. Es como si el torero se percibiera, en esos momentos de peligro, como un ser extrahumano, por concesión de una fuerza que le viene de otro nivel superior, sería la manifestación en él del poder sobrenatural.

Romero de Solís señala que: “En su posición en la estructura trinitaria del sacrificio, el torero podría tener un estatuto cuasisacerdotal, cuya misión podría entenderse propiciatoria de lo divino y por ello gozarían del privilegio de ser distinguidos por la comunidad en una estimación especial”. (Romero de Solís, 1995: 52). Veamos este razonamiento con Suárez-Inclán cuando describe un momento álgido en la corrida:

“El público, desde sus gradas, corea una y otra vez to-re-ro, y la figura de oro con los brazos en alto, mecido como un antiguo dios o una virgen sevillana, desaparece por la Puerta Grande... Quien haya contemplado esto alguna vez ha tenido el privilegio de estar, en las postrimerías del s. XX, ante un héroe clásico. Y este acontecimiento privilegiado sucede varias veces cada año”.

Me comentaba un popular torero retirado: “Es muy fuerte salir a la plaza y enfrentarte a un toro no es algo normal, tiene mucho peligro...”. El acompañamiento mímico-gestual gozaba de cierta trascendencia. Los ojos lánguidos y la mirada algo perdida reforzaba la reflexión. Tal señalamiento venía a legitimar la creencia y religiosidad, que todo torero debía tener. En ese momento, recordé una anécdota que me comentaron entre risas unos novilleros, ante la insistencia de cierto matador de no colocar una “capillita” para los rezos previos, antes de salir al ruedo, el mozo de espada y otros ayudantes lo hacían tratando de convencerlo de lo idóneo de la propuesta. Si antes, he señalado la ambigüedad en las respuestas de algunos toreros jóvenes, Freud teoriza quizá, dando una respuesta: “el hombre piensa y actúa como un hombre que ha dejado de hacerse ilusiones y ha recobrado la razón.” Weber expresa, que nuestra época se caracteriza por la racionalización, la desaparición de la magia, de los espíritus, de los demonios. Sería el “triumfo de la racionalidad instrumental”. En palabras de Marx “El hombre piensa y actúa sobre la realidad como quien ha entrado en razón” (cit en Estruch: 273-274).

Sin embargo y ahí se encuentra la aparente contradicción encontrada entre los diestros más jóvenes, que a pesar del contexto “saturado de racionalidad”, en los momentos críticos de la Fiesta, la razón se inhibe, para dar sentido último de las cosas, más aún cuando estos protagonistas representan a una parte estructural necesaria en una ceremonia teñida de una solemnidad, que referencia lo sagrado. Malinowski lo expresa así: “Por más que el conocimiento y la ciencia ayuden al hombre a alcanzar lo que desea, son completamente incapaces de controlar el azar”. (Malinowski, cit. en Kottack, 1994: 350). Por ello, el discurso puede provenir de un ser “secular-racional”, pero las creencias religiosas no han sido desterradas. Sería la metamorfosis de la religión de nuestro tiempo señalada por Estruch, en donde lo sagrado y lo profano pueden relacionarse en una feliz estrategia.

3. EL PROCESO COMUNICATIVO ENTRE EL PÚBLICO Y EL TORERO

“El verdadero temor de los lidiadores es el público, no la muerte. El miedo a quedar mal ante él es muy fuerte”, me comentaba Julio un representante y asesor taurino: “...el torero no piensa en la muerte...lo que verdaderamente teme al salir a la plaza es que no triunfe esa tarde”. Este comentario me puso en camino y ante los toreros pude comprobar, que efectivamente, lo que les crea más angustia es la responsabilidad de que el público quede satisfecho. Así ellos lo expresan, de hecho, ante el peligro inminente de la embestida del toro, de una embestida, que pudiera haber provocado la cogida del torero, éstos responden increpando, aún más al toro, el coraje aumenta, el desafío crece.

Si el torero es el brazo armado, que asume la responsabilidad del cumplimiento del ritual por delegación de la asamblea de sacrificantes –los aficionados– éste debe cumplir con el encargo hasta sus últimas consecuencias: la muerte si fuera necesario. Para ello se le prepara con la solemnidad, que requiere el sagrado momento. Se pregunta Romero de Solís, si no es la corrida de toros una modalidad simbólica y en tanto que tal, encubierta del sacrificio humano. Luis Montoto en su monografía etnográfica, *Costumbres populares andaluzas*, nos cita el brindis, que dirigían al presidente, a primeros de siglo XX, “los toreros de oficio”, señalándose este fenómeno:

Señor Presidente:
Por usted,
Por usía
Y si no mato al toro
Que me quiten la vía;

El torero, según estas palabras, debe cumplir con lo encomendado o morir, él mismo, en la plaza. El sentido figurado, puede convertirse en sentido recto cuando el toro cornea al lidiador y para ello, constantemente se prepara al público, existiendo recursos de exaltación; así la banda toca para emocionar al observador y el fenómeno no tendría lugar sin esa parte tan importante, que son los asistentes, pues en las corridas los espectadores participan activamente durante la lidia. El antropólogo Javier Escalera nos señala que: “Desde los rituales se generan procesos de identificación a partir de los cuales lo individual se funde con lo social (...) Éstos contribuyen a que los individuos se adhieran, se identifiquen con determinados grupos de referencia”. (Escalera, 1996).

Si seguimos el modelo de Mauss con Romero de Solís para la lidia, este grupo de actores aparecen como sacrificantes colectivo, “suministra la víctima: el que paga”. Es un acontecimiento en donde el clamor popular se mide a la hora de conceder los trofeos. El presidente se hace eco de las exigencias e interpreta, según la manifestación total. Y más tarde, “Conclusa la ceremonia y ultimada la víctima se entiende que el grupo ha quedado lavado de falta y, por lo tanto su estado moral modificado, es decir restaurado a su original inocencia”. (Romero de Solís, 1995: 50).

Puede constatarse éste fenómeno, después de las corridas, el ánimo del aficionado varía según lo que halla experimentado en el coso. Se le puede ver salir afligido, si las faenas no han sido buenas, refrenado en sus críticas, porque la mayoría se somete a lo acontecido. En sus comentarios pueden reflexionar, sobre qué forma o circunstancia hubieran sido más propicias, pero siempre la distancia media, entre éstos y el matador bajo consenso, que es él quien, en última instancia, tiene la capacidad de decisión, la clara visión de lo que acontece. En general, otro tipo de comportamiento, más exaltado suele ser censurado en el ámbito taurino. Existen tiempos para la manifestación popular libre, durante la corrida, pero una vez producidos los resultados y fuera del turno de réplica el público suele callar solemnemente.

En este tiempo, para la comunicación e intercambios de objetos entre los asistentes y los espadas, es dónde el público premian o castiga por lo observado y cuando el torero da la vuelta al ruedo, es una ocasión para acercarse más al público, agradecerle su apoyo. Agita las manos al viento como forma de lenguaje gestual para sus seguidores y éstos le muestran su fervor entre aplausos y algarabía. Muchos lanzan objetos personales al triunfador, para que algunos les sean devueltos cargados de energía, de una energía captada, en una faena digna de un “gran hombre”. El protagonista tantea así, hasta qué punto los presentes están en ese momento dispuestos a seguirle. En esa comunicación se establece una negociación –si tu me ofreces un ritual emotivo y estético, nosotros te concedemos nuestro reconocimiento– algunos declaran estar en deuda con la afición de una localidad concreta, por el apoyo demostrado y tener que saldarla con otra buena tarde de toros. Es ese reconocimiento el que se persigue, como objetivo, durante la contienda frente al animal. El torero está dispuesto a todo, incluso a dar su vida si las circunstancias se lo exigen. Así en el enfrentamiento con el animal, algunos se “arriman” hasta lo imposible como esfuerzo ante el escenario. Es la responsabilidad creada por delegación de los aficionados en la inmolación del animal. He oído comentarios, entre los taurinos, refiriéndose a un torero, al que el toro le había prodigado una grave “corná”, que éste le había perdido el respeto al toro. El “miedo” debe estar presente si se quiere vivir más tiempo, piensan ellos. Quizá, sea cierto, que nunca lleguen a imaginar su muerte en esos momentos de enajenación por el triunfo.

El público es tan importante en los toros, que el “veedor” cuando escoge un tipo de toro para las plazas piensa en el más indicado para ellas. Se reconoce, que no todos sirven para todas, es importante saber cuál es el más idóneo, si se quiere el éxito del torero. Existe el toro para Madrid, el de Sevilla, el Puerto de Santa María, Pamplona, etc. Cuando en este ámbito taurino se piensa este hecho, se está estableciendo la necesidad de tener en cuenta las diferencias culturales, los códigos específicos, pues el ámbito taurino no es homogéneo, la Fiesta se manifiesta de diferentes formas según el contexto. Javier Escalera nos señala que, “Los modelos comunitarios unifican a los habitantes de una colectividad de cara a los que no pertenecen a la misma (...) presentan determinados rasgos compartidos en forma y grados diferentes, se reconocen como parte de dicha colectividad a través de ciertos referentes: símbolos imágenes, discursos

definidores y reproductores de un modelo ideático del “Nosotros”, plano que corresponde al de las identificaciones colectivas. (Escalera, 1996).

Las “grandes” plazas es el objetivo de todos los matadores. Entrar a formar parte de los carteles de feria es importante, como constatación de su éxito profesional. Sin embargo en las plazas “pequeñas” es donde éstos van fraguando su profesionalidad para poder alcanzar la meta de torear en una de primera. En ellas es necesario demostrar el valor, la destreza y en general todas y cada una de las cualidades de las que el torero debe ser portador. El ambiente que se respira es de participación general, todo el que quiere y gusta de asistir al ritual, va a la plaza para disfrutar de un acontecimiento, que en éstas suele darse escaso en la temporada taurina. Los precios de las entradas son menos elevadas, que las encontradas en las grandes ciudades, de plazas más elitistas, exclusivistas. Sin embargo, es un público, que puede llegar a ser muy entendido en las suertes de la lidia, la afición puede ser muy grande, alejándose más de prácticas de sociabilidad, que no entra tanto a formar parte de sus objetivos iniciales. Es este público el que goza del privilegio de ver, por primera vez, a un futuro “figura”. Del continuo éxito, de la aclamación constante de estos observadores dependerá, que el torero vea alcanzado su objetivo.

En muchas de las plazas de gran renombre, se observa antes y después de la lidia, que es un momento para las relaciones y ostentación, se lucen las mejores ropas, joyas, peinados. Es un tiempo de encuentro para unos y de lucimiento para otros. El hecho de asistir a los toros se convierte en capital de prestigio. Va a los toros, entre otros, el que tiene posibilidades económicas, pues los precios de salida en taquillas pueden llegar a ser de imposible adquisición, para un gran número de personas, que aunque grandes aficionados, no pueden verse formando parte de ese público, por carecer de recursos suficientes.

Se preguntaban unos taurinos, en el 2000, durante una comida de celebración en nombre de un nuevo espada: “¿Qué está pasando en el toro? (Es la forma en la que ellos se refieren a este ámbito). Este año en Sevilla el abono ha subido un 15% con respecto al año pasado y sin embargo, se ha vendido todo y se ofrecen dos corridas menos”. En las plazas de más renombre, la combinación de símbolo de identidad, por un lado y espacio de sociabilidad, por otro es donde podría estar parte de la respuesta a este interrogante. Este uso social, que se da a este patrimonio, ayuda a perpetuarlo, lo glorifica, lo enaltece y lo convierte en relevante en esos momentos en que las comunidades llevan a cabo sus celebraciones locales.

La Fiesta ha tenido momentos de pequeñas crisis, la asistencia a las plazas se reducía a niveles apreciables. En las últimas décadas, con la aparición de las autonomías y la intervención política en lo que se definía como identidad, la Fiesta se reactiva, los toros aparecen importantes para la sociedad, la participación popular se acrecienta, pero también, se convierte en espacio en el que mostrar las clases más acomodadas sus privilegios y no sólo personas de reconocido prestigio social.

4. LA PREPARACIÓN DEL TORERO

Desde que una persona decide ser torero, hasta que llega a ver dicha posibilidad concretada permanece en un espacio-tiempo teñido por la solemnidad de todos los actos relacionados con su práctica taurina. Lo primero que tiene que demostrar es, que es torero y no es una redundancia. No todos lo son, bajo el concepto de quienes tienen en sus manos las claves para encumbrarlos, de llevarlo por ese camino largo y tortuoso de ser “figura”. Jose Antonio Ruiz “Espartaco” entrevistado por Molés, para Canal+ en el programa, *El planeta de los toros* el 21 de Marzo del 2001, afirmaba que: “Ser torero requiere dedicación plena todo el día, siempre teniendo que estar al pie, no hay medias tintas, el precio es alto, tienes que dejar tu infancia, tu juventud, pero ¡ojalá!, todo el mundo tuviera esa suerte, soy un privilegiado”. Para él, lo personal no puede estar por encima de lo profesional, el esfuerzo debe estar por delante de cualquier situación, “hay que sacrificarte para el toro”, decía “es mi forma de interpretar los toros, dar la cara”. En esa especie de celibato, las cualidades tienen que percibirse desde el exterior, por el grupo, constatarse durante el período de prueba, que ha nacido con el señalamiento personal y sólo entonces, comienza el proceso de preparación. Enrique Ponce manifiesta que: “...llegar a ser figura del toreo es un milagro y salen muchos que quieren ser toreros, pero al final llegan muy pocos”(Feiner, 2000: 92). El aspirante se somete desde el momento de aceptación a una disciplina constante, a una actitud de continua moderación. Es un elegido y por ello comienza una vida especial, como de retiro. Declaraba Eugenio de Mora, matador, para un suplemento de salud de un periódico: “Siempre hacemos muchísimo deporte, una vida muy sana. Estamos muy fuertes, y esa es una tremenda ayuda” (Zabala de la Serna, 2000: 18). Como señala Kottack, “La liminaridad es parte de todo rito de transición (...) en algunas sociedades puede convertirse en una característica permanente de grupos particulares (...). Los grupos religiosos suelen utilizar características liminares para diferenciarse de otros (...). Los rasgos liminares pueden también señalar la sacralidad de personas, entornos y eventos mediante su emplazamiento como extraordinarios, fuera del espacio social normal y del tiempo regular”. (Kottack, 1994: 351-352). Samuel reconoce en las religiones tradicionales que los “hombres de culto”, son los que reciben las ofrendas de los fieles y sacrifican a las víctimas, “escogido desde muy joven por su posición, su rango social, a veces hereditario, siguen varios años de formación al lado de un anciano, sometido a la castidad y a la abstinencia, aprende el servicio a la divinidad y los ritos (...) su instrucción termina con una especie de examen ante el pueblo”. (Samuel, 1997: 37).

Es habitual, que fuera de acontecimientos propios taurinos o de reuniones restringidas, reservadas al grupo, a estos sujetos no se les vea aparecer en público lo hacen de forma esporádica, sorpresiva y breve. En la observación asemeja a una actitud religiosa siempre de meditación sobre lo que le acontece o puede acontecer, de preparación emocional del momento crítico de presencia ante el público. No estaría aceptado a ningún nivel, entre los que les rodean, les preparan, que fuera de esos espacios-tiempos, llevara una vida de divertimento de la que participan la mayoría de los ciudadanos. Muchos se lo recordarían a lo largo de su carrera profesional, estando el grupo vigilante de todo lo que acontece

alrededor del torero. Es cierto, que estar en forma es crucial para éstos hombres, los matadores y subalternos realizan constantemente actividades deportivas, la ingesta de alimentos es muy moderada, no suelen beber alcohol o fumar habitualmente, existen momentos para la diversión, el resto del tiempo deben preservarse de la vida secular. Los actores como en cualquier seminario de preparación en rituales sagrados, enfatizan, como señala Kottak, en una “vida limpia” y se apoyan en un orden de valores.

En esta especie de escolástica, las reglas y la jerarquía deben ser respetadas, si no se quiere ser sujeto de la sanción grupal. En unas declaraciones hechas por una torera para T.V. el 28 de agosto del 2000, se encontraba indignada por el rechazo, que un periodista taurino le hizo ante la aparición en una revista de unas fotos de la matadora en topless. El crítico escribió, que con la publicación de dichas fotos había perdido credibilidad ante su profesión. Por la situación estigmatizada de la mujer tradicionalmente frente al hombre manteniendo su dominio, la interpretación rápida y lógica, que se dio en el programa televisivo, a tales declaraciones fue sexista Sin embargo sería necesario recordar, que hace años, los toreros reprochaban la actuación de un joven matador ante las cámaras de T.V., que bajándose los pantalones enseñó las cornadas, que le habían producido las cogidas en las plazas. Se decía, que un torero no podía hacer lo que él hizo. Estaba claro, que el comportamiento se alejaba de lo establecido y el halo mágico de la Fiesta parecía desvanecerse ante tal evidencia.

Pensemos entonces, que el comentario del periodista en este caso, no se hizo por la fácil dicotomía mujer/hombre, que reflejan los dualismos conceptuales en los que las mujeres pueden moverse con dificultad en ciertos ámbitos, debido a la distinción doméstico/público. He comprobado, que aún siendo un cambio, el hecho de participar la mujer en las plazas de toros, se ha desarrollado sin grandes conflictos. He podido confirmar que “ellas” son normalmente aceptadas y como atractivo –la novedad– que supone este hecho para “ellos”. Sería importante la profundización en este fenómeno, pues como Moore señala: “Tanto los hombres como las mujeres sufren las consecuencias del cambio, y es menester estudiar la modificación de las relaciones de género”. (Moore, 1991). Los temores sobre el control en general de todos los participantes, con posibilidad de censurar su conducta moral, surgen del rápido cambio social. Para Vogel existen consideraciones de sexo, que dan lugar a una división “natural” del trabajo. (cit. en Moore, 1991: 66-67). Es por ello que algunos toreros pueden expresar que sólo el hombre debe sufrir semejantes atrocidades hechas por el toro, encontraríamos entre unos cuantos este concepto del peligro masculinizado, como parcela del hombre, sin embargo no ha significado barrera de exclusión de las jóvenes matadoras. En los toros los límites que se podrían haber creado han sido disueltos y las toreras tienen el reconocimiento de pertenencia a la comunidad.

Así, en general, digamos que el torero pasa en su preparación por una etapa de liminaridad, que le acompaña durante el recorrido como diestro. Incluso todo el que está relacionado con él directamente debe llevar una vida mesurada. Las

familias deben encontrarse, como ellos, en toda suerte de discreción. Algunos se casan con mujeres consideradas como “divas”, populares al igual que ellos, seguidas por el público en general, como seres extraordinarios. Aún en este caso, el ideal es, que éstas acepten estar casadas con un sujeto consagrado a su actividad con sacrificio y así, al igual que ellos, deben llevar sus dinámicas profesionales con moderación.

En el ritual, el torero también puede morir y para ello debe estar siempre preparado, tanto física, como emocionalmente. El hombre mostrará su superioridad, como prueba de su gracia y debe colaborar, él mismo, en su preparación evitando excesos. Dicho retiro redundará cada vez que salga al ruedo en beneficio propio y colectivo en su enfrentamiento frente al toro. Es un sentir general entre los toreros, que están disfrutando de cierto apoyo trascendente, un especial taurino dedicado a la Feria de San Isidro de Madrid del 2000 presentaba un artículo en el que el matador de toros Cesar Rincón, haciendo referencia a sus éxitos los días 21 y 22 de mayo de 1991, hablaba del milagro de la repetición de triunfos y recoge textualmente una frase dicha por su compañero Pepe Dominguín: “Lo de César en Madrid es como hablar con Dios y que Él te conteste”. Recordaba el maestro Rincón que en 1995 tras pasar unos ratos de gran angustia consiguió cuajar una gran faena y convencer al respetable público. Para estos hombres, Dios está siempre vigilante y es dador de su gracia, a quiénes tienen que lidiar en las plazas y el público aquel jurado terrenal respetable, que premia o deniega, dependiendo, eso sí, de lo que pueda sentir, si le ha sido o no transmitida una energía especial a través del sacrificio. Se decía en el Diario de Sevilla, el 15 de abril del 2001, comienzo de la temporada taurina en Sevilla, es decir el Domingo de Resurrección, refiriéndose a Curro Romero que una fuerza: “-no se sabe qué, ni cómo- se apodera con magia del alma del matador, lo hechiza, lo ilumina”.

Morante en el periódico dedicado a la feria isidril, citado antes explicaba: “He triunfado en Sevilla, me hace falta conseguirlo en las Ventas donde, por desgracia, todavía no me ha embestido un toro para verme torear como lo siento y con la perfección que allí se exige”. Contestaba a las preguntas que se le hacía diciendo: “¿Mis ambiciones? Yo sólo quiero disfrutar de la profesión. ¿Y miedo?. A que me coja un toro y me deje para no torear más; ese miedo a defraudar a los aficionados que confían en mí, y miedo a no tener la mentalidad de salir a la plaza a darlo todo como hoy tengo. Luego lo que pase es cosa de Dios”. De nuevo se constata como en esa trinitaria estructura de la Fiesta cada elemento en ella es crucial bajo la atenta y trascendental mirada de ese Dios actuante. Manifestaba públicamente Enrique Ponce sobre lo difícil de ser buen aficionado: “Quizá sea la grandeza de esta Fiesta, donde nada es matemático”. Con este reconocimiento, se puede situar este ámbito bajo influencia trascendente, en lo no medible o predecible. Berger recogía, que la secularización afecta a la totalidad de la vida cultural e ideológica, y que puede verse en el declinar de los temas religiosos en todos los ámbitos y sobre todo en el despertar de la ciencia como una perspectiva respecto al mundo, autónoma y eminentemente secular. Pero si como también señala en sus textos, los diferentes grupos han sido afectados en distintos grados, el impacto sobre éste ha sido mínimo.

Las creencias siguen teniendo gran significación para este grupo, viven sus protagonistas en un mundo penetrado por fuerzas sagradas, continuamente manifiestan temores, que ciertos elementos, hechos, colores les pueden traer mala o buena suerte. No se pierden las tres concomitancias de lo sagrado más antiguas y poderosas recogidas por Berger: el misterio, el milagro y la magia. Les he visto tocar madera en el callejón antes de salir a la “arena”, rechazar el ciprés como planta ornamental, el color rojo o el amarillo y otros múltiples indicios de credulidad. Muy al contrario a lo secular, la inmensa red de intercesiones, que vincula al torero en este mundo, con el mundo sobrenatural no se desvanece. Es una realidad, sin esa penetración racional, sistemática de la modernidad descrita por Alain Tourrain. Para Berger: “Se entiende por sagrado un poder misterioso e imponente distinto del hombre y relacionado con él que se cree existe en ciertos objetos, hombres o animales u objetivaciones de la cultura. Dicha cualidad puede dársele a espacios o tiempos. Pueden ser incorporados a seres sagrados, espíritus altamente situados, que pueden ser transformados en fuerzas últimas, principios mantenedores del cosmos (...). Las rutinas de la vida son profanas, mientras no se demuestre lo contrario, en cuyo caso pasaremos a concebirlas como algo animado por un poder sagrado. En estos casos la cualidad sagrada atribuida a sucesos de la vida cotidiana es afirmada por medio de rituales”. (Berger, 1971: 48).

Se podría interpretar por las múltiples manifestaciones verbales de los matadores “Mi único miedo es al fracaso” (El Juli), “Siempre he dado la cara en Madrid” (Enrique Ponce), “Ese miedo a defraudar a los aficionados” (Morante), “Cada tarde es diferente, lo veo muy fuerte y me quita el sueño” (Caballero), que estos sujetos tienen la responsabilidad de mantener la continuidad entre el microcosmos humano y el macrocosmos divino. Sería como ocurría en Berger, que el mundo humano es visto como formando parte de un orden cósmico que abarca la totalidad del Universo: “Es un orden que plantea una continuidad entre lo empírico y lo supraempírico, entre el mundo de los hombres y el mundo de los dioses. Esta continuidad, que supone una conexión ininterrumpida entre los sucesos humanos y las fuerzas sacras que impregnan el universo, se efectúa a través de la repetición de los rituales religiosos”. (Berger, 1971: 164). Berger escribe, que entre otras cosas esta continuidad se puede quebrantar por actuar impropia-mente en las ceremonias religiosas. Se trataba de la cosmización de los asuntos humanos y fuera no existiría más que el caos. El autor lo enfrenta al Antiguo Testamento que propone un Dios que permanece fuera del cosmos, que es su creación, es un Dios transcendente, que no cabe identificarlo con ningún fenómeno natural o humano, es un Dios que actúa históricamente más que cósmicamente.

Las actuaciones llevadas a cabo por los diestros podrían responder a vestigios de cosmovisiones señaladas, en la que los individuos son considerados como representantes de colectividades mitológicamente concebida más que como individuos únicos que llevan a cabo actos importantes, como tales individuos. Esta tendencia de concepto de ritual sagrado cosmogénico en la lidia, responde al interrogante de por qué algún espada levanta iras cuando su actuación

se convierte en un espectáculo considerado frívolo y fuera de todo significado. Las corridas no deben integrar elementos simbólicos, que no pertenezcan a raíces de una estructura ideológica pasada. Este hecho puede llegar a ser muy rechazado por la comunidad taurina, ya que se sale de toda regulación y doctrina.

5. LA IGLESIA Y SU HISTÓRICA RELACIÓN CON LAS MANIFESTACIONES TÁURICAS

Antaño, quizá, por ser notoria la identidad religiosa “pagana” de algunas prácticas taurinas populares, aún entrelazadas con formas ritualizadas de la Iglesia, la Institución intentaba en variadas circunstancias su rechazo o control. Francisco López Izquierdo las llama tradiciones religioso-taurina y recoge en su libro, *Cincuenta autores y sus escritos sobre toros*, un texto del padre benedictino Benito Jerónimo Feijoo de 1936 en referencia al Toro de San Marcos en Extremadura o rito taurico, como lo designa el autor, en el que se decía:

“Los mayordomos de una cofradía, instituida en obsequio al Santo, van al monte donde está la vacada, y escogiendo, con los ojos el toro, que les parece le ponen el nombre de Marcos y llamándole luego en nombre del santo evangelista el toro sale de la vacada y olvidado, no sólo de su nativa ferocidad, más aún al parecer, de su esencial irracionalidad, los va siguiendo pacífico a la iglesia donde con la misma mansedumbre asiste a las vísperas solemnes y el día siguiente a la misa y procesión hasta que se acaban los divinos oficios, los cuales fenecidos, recobrando la fiereza parte disparado al monte, sin que nadie ose ponerse delante”.

Y más tarde el padre Feijoo continua expresando con respecto a esta práctica que:

“El maestro Santo Tomás alta y resueltamente pronuncia, que aquel rito es supersticioso. Efecto es de encantamiento aquella mansedumbre del toro; religión supersticiosa que no debe aprobar, sino improbar. No es culto de la piedad cristiana, sino abuso de superstición execrable”.

Señala a continuación que:

“La fe está altísimamente radicada en aquellos pueblos donde hay esta práctica (...) nunca se dice que por los méritos de alguna persona de señalada virtud amanse Dios la fiera, sino que de parte de los hombres precede el ceremonial establecido (...) Dios no hace los prodigios que, bien lejos de promover su gloria, sirven al estorbo y profanación del culto divino (...) La gente mira más al toro que al sacerdote y altar”.

Y no era el único en rechazar esas formas de sincretismo religioso o “estorbo y profanación del culto divino”, Fray Francisco de Alcoçer en su *Tratado sobre el juego* editado en Salamanca en 1559, recoge que:

“Otro regocijo se usa en nuestra España, que es correr toros: del cual no hay pequeña dificultad si es lícito y se puede usar sin culpa (...) Bien veo que

si los cristianos viéramos nuestra vocación y el estado grande que tenemos, que dejaríamos muchos ejercicios y regocijos por ocuparnos de cosas sanas, que son más conformes a lo que Dios quiere de nosotros”.

Manuel Delgado nos dice que: “En realidad, la división pagano-cristiano o profano-religioso en una misma sistematización litúrgica, por ejemplo de orden festivo, ni siquiera goza de respetabilidad para una teología seria y atenta”. Josef Pieper, nos recuerda Delgado: “se percató de aquellas corridas de toros con que se celebraba en Toledo el Corpus, señalando que son tan religiosas, en el sentido cristiano, como las procesiones o las misas”. (Delgado, 2000: 6). Alicia Barabás advierte que: “A raíz del íntimo y prolongado contacto con la religión católica se construyeron multitud de sincretismos, que en muchos casos operaron como religitimizaciones de las cosmovisiones propias”. (Barabás, cit. en Cantón, 1999: 18).

Clavero Arévalo, pregonero taurino 2001 en Sevilla, nos recuerda en una entrevista para el Diario de Sevilla que: “Los poderes públicos empezaron prohibiendo los toros, después tolerando; más tarde reconociendo y por último humanizando el espectáculo a través de la normativa (...) Pero los toros siempre han sabido sobrevivir a prohibiciones de reyes y papas”.

6. LA PREPARACIÓN DEL TORO

El toro encastado, con trapío es el fruto de la preparación de un largo proceso. A cada astado se le personaliza con un nombre. Muchos toreros recuerdan faenas especiales con un toro concreto. No todos son iguales, impersonales: unos son bravos pero nobles, otros bonitos y rematados, otros tranquilos, pero desafiantes y en general se entiende por el aficionado, que es el animal más bello y misterioso del mundo. “Antoñete” nos dice en una entrevista de Feiner que, “El toro refleja en su mirada su condición y sentimientos. Hay toros que te miran como un asesino. Otros tienen ojos de loco. Otros parecen asustados. Y los hay con mirada bondadosa, de estar predispuesto a que lo torees con gusto (...) El toro delata a los malos toreros y a los impostores”, señala que antes “Había muchos de cara y cruz pero se movían todos y te permitían jugarte la vida”(Feiner, 2000: 85-86). Como se ve, en el ámbito taurino al toro se le dota de cualidades humanas, muchos toreros hablan de él como rival que les transmite sentimientos. Un matador me confió, que había visto a un toro mirándole en el momento crítico de su muerte y cayendo una lágrima en el albero. Recordemos a “Señorón” el toro de Juan Camúñez: YO, “SEÑORON” (*Remembranzas de un toro bravo*), en el BREVE INTROITO, Manuel Olmedo escribe que, “Juan, que además de saber tanto del toro, es docto en el arduo y fascinante menester de la creación literaria, un feliz día decidió contarnos la historia de “Señorón”, un toro que no sólo siente, sino que piensa, razona y hasta habla “con el lenguaje mudo de la mirada (...) ha sido afortunado traductor de ese misterioso lenguaje; cabal intérprete de los sentimientos y de los pensamientos de ese ejemplar ideal, de su vida interior” (Camúñez, 1993: 5). El día 15 de abril Curro Romero nos comenta en una entrevista del Diario de Sevilla que: “El toro es un guitarrista y hay que hacer que suene bien, es amigo y colaborador”.

De igual forma, que se recuerdan los grandes hitos del toreo, así aquellos toros que llenaron crónicas taurinas por su buen hacer o por trágicas embestidas, que dieron muerte a grandes diestros que murieron en las plazas. Bailador corneó a Joselito “El Gallo”, Fandanguero a Francisco Vega de los Reyes “Gitani-Ilo de Triana”, Islero a Manuel Rodríguez “Manolete”, Avispado a Francisco Rivera “Paquirri”, Burlero a José Cubero “Yiyo”. Se piensa que los noveles y novilleros, por el ansia de triunfar son los que más arriesgan. Ahora bien, el mismo “Manolete”, se recogía en un diario, que ya experto lo hizo para ganarse a un público que no se le mostraba propicio en aquella fatídica tarde de Linares. (Zabala de la Serna, 2000: 18-19). Efectivamente, he podido observar en algunas plazas, que por la frialdad del público ante buenas faenas, los matadores arriesgan más, con pases de difícil consecución y peligrosidad, terminando alguno empitonado por el toro. Es esa devoción por la aclamación, que a muchos les lleva al triste final de la muerte, como así recoge la novela de Blasco Ibáñez, *Sangre y arena* en la que el protagonista Gallardo, encontró esa suerte:

“...el público amante de las temeridades, le aplaudió con el entusiasmo de otros tiempos. No sólo celebraba su audacia, se aplaudía a sí mismo, admiraba su propia majestad, adivinando que el atrevimiento del torero era para reconciliarse con él, para ganar de nuevo su afecto. Gallardo venía a la corrida dispuesto a las mayores audacias para conquistar aplausos (...). Pero de pronto el hombre salió de entre los cuernos despedido como un proyectil por un cabezazo demoledor y rodó sobre la arena. El toro bajó la cabeza y sus cuernos engancharon su cuerpo inerte, elevándolo en un instante del suelo y dejándolo caer (...) Gallardo se levantó torpemente, y la plaza entera estalló en un aplauso ensordecedor, ansiosa de reparar su injusticia. ¡Olé los hombres! ¡Bien por el niño de Sevilla! Había estao güeno. Pero el torero no contestaba a estas exclamaciones de entusiasmo (...) Todos volvían la vista indecisos sobre la gravedad del suceso (...) Y el doctor Ruiz tras largo silencio, volvió a mover la cabeza. ¡Se acabó Sebastián... Puedes buscarte otro matador!”

Para los toristas el toro es muy importante en la Fiesta. Existen plazas en las que, es él, el verdadero actor de la lidia en el encuentro entre los participantes. Se señalaba en un periódico, que la base de la Feria isidril es que se lidie el toro integro: “el que pone a cada uno en su sitio –con su comportamiento, casta y bravura– tendrá la última palabra. Entonces, que salga el toro...” (Pérez, 2000: 18). En unas jornadas taurinas en la localidad sevillana de Espartinas, en marzo del 2001, el ganadero Celestino Cuadri dejaba bien claro en su intervención, que ellos vendían raza, no carne. Se constata, de nuevo, estas afirmaciones, en el libro de Feiner, en el que “Antoñete” manifiesta que, “la grandeza del toro está en su bravura”.

Los aficionados sean toristas o toreristas a la hora de juzgar el toro puesto en la plaza, son verdaderos críticos. Si antes se dijo, que la crítica al torero era sosegada, no lo es tanto en relación al toro. Se entiende que no sería posible la Fiesta sin la integridad del astado como eje de ésta. El toro debe tener castete, embestida para satisfacción del público y triunfo de los toreros. El equilibrio de fuerzas debe estar presente para poderse apreciar la capacidad lidiadora de los mejores, en la difícil tarea de dar la lidia adecuada a cada toro. Es en esa combinación de fiereza, nivel adecuado de embestida en el toro con la majestuosidad

dad y el temple del torero donde se crea un espacio místico y se ponen a prueba la autenticidad del ceremonial bajo la atenta mirada de ese tercer protagonista del ritual: el público aficionado. En palabras de García Escudero: “Entre los tres llegando a la comunión perfecta se alcanza la obra de arte, y se disfruta del momento cumbre de la Fiesta”(García Escudero, 2000: 41).

Es apreciable el reconocimiento al toro bravo por parte de los aficionados en las plazas. El 18 de agosto del 2000 en el Puerto de Santa María se le daba al toro vuelta al ruedo en arrastre lento, por su buena embestida, nobleza. Se alzaba a hombros al mayoral de la ganadería con el resto de los toreros saliendo por la Puerta Grande. Era un fenómeno de homenaje post mortem al animal, era una forma de engrandecer a la “fiera”, vitoreándola por su bien hacer, ahí el elemento de la naturaleza se convertía en una figura mitológica entrando a formar parte de los grandes “héroe”. El día 20 del mismo mes, a petición del público, se indultó un toro en Málaga, por sus extraordinarias cualidades en el coso mandándolo el presidente a los corrales y perdonándole la vida para terminar sus días como semental de buenas camadas. Recordemos una frase de D. Bernardo da Costa en 1930 en la que se habla del toro bravo y citada en el prefacio del libro de López Izquierdo: “Acaba como un héroe en una muerte digna de su bravura y su nobleza combatiendo e intentando matar en un duelo de deslumbrante realismo, en el que él mismo encarna, como un símbolo eterno una fuerza desordenada de animal, que la inteligencia serena del hombre vencerá, la eterna superioridad del espíritu sobre el instinto”. Cuando ese momento de demostración de gran bravura, es mantenido, en un equilibrio de fuerzas, el reconocimiento de los lidiadores y el público se hace mágico, si el toro demuestra su grandeza, una superioridad, una fuerza especial frente a otro gran “héroe” –el hombre en la plaza– se le aclamará desnudándolo de su instinto natural y remitiéndolo al mundo de las creencias.

7. CONCLUSIÓN

La religiosidad de los toreros es una constante, que acompaña al ritual festivo. Se demuestra en variados signos observables, en constantes expresiones verbales y dentro de la exégesis considerada por la ortodoxia católica. Aún los considerados “no creyentes”, se expresan y se comportan como sujetos religiosos dentro de rituales y símbolos, que permanecen dentro de la Institución hegemónica. Estas creencias manifestadas se configuran, como seña de identidad del grupo por la tradición. Pero la forma profunda de entender el ritual festivo, los códigos, significados y los signos que producen lo dotan de una estructura ancestral de religiosidad que trasciende, se combina y coexiste con la estructura instituida, generalizada y dominante en la sociedad contemporánea, pero como parte folclorizada, ociosa de la expresión de un pueblo, nunca como manifestación piadosa. Serían elementos simbólicos arcaicos heredados de culturas anteriores, que dejaron huellas y se mezclaron en un proceso sincrético, con otros elementos de creencias aparecidas con posterioridad. Es la dinámica en los sistemas de creencias, que resultan como adaptación a los procesos de aculturación sin una pérdida total de las raíces culturales propias añosas. Este tipo

de rituales presentes son amplio reflejo de lo que era la pervivencia de las llamadas costumbres ancestrales “paganas” muy arraigadas aún entre las masas populares en la Península en los primeros siglos de la Era Cristiana.

La práctica taurina va más allá de todo oficio, tratar de analizar este mundo desde una antropología del trabajo es restarle una transcendencia, que rodea a todo del que ella participa. Sería importante que se considerase este halo mágico a la hora de intervenir en ella por cualquier persona o entidad, pues en caso contrario una normativa que sobrepase los códigos que se han puesto de manifiesto sería el principio del fin de este fenómeno cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- BERGER, P. (1971) *Para una teoría sociológica de la religión*, Barcelona: Kairós.
- CAMUÑÉZ RUIZ, J. (1993) YO, “SEÑORÓN”. *Remembranzas de un toro bravo*, Sevilla: A.A.A.A. Instituto Francisco Rodríguez Marín de Osuna.
- CANTÓN DELGADO, M. (1999) “Señales del fin. Milenarismo religioso, acción política y contextos americanos”, *En pos del tercer milenio*, Universidad de Salamanca.
- DELGADO, M. (2000) *La “religiosidad popular”. En torno a un falso problema*. http://www.ugr.es/~pwlac/G10_08Manuel_Delgado.html (15/04/00).
- DIARIO DE SEVILLA. *Entrevista*, Actual Toros, 15 de abril de 2001.
- ESCALERA REYES, J. (1996) *Las Identificaciones colectivas*. Texto sin publicar. X Congreso de Sociología en Granada.
- ESTRUCH, J. (1994) “El mito de la secularización”, DÍAZ SALAZAR et al, *Formas modernas de religión*, Madrid: Alianza.
- FEINER, M. (2000) *Los protagonistas de LA FIESTA. 1. El toro el torero y su entorno*, Madrid: Alianza Editorial.
- GARCÍA ESCUDERO, P. (Mayo de 2000) *Tribuna. San Isidro 2000*. ABC. Feria de San Isidro. Suplemento Especial Taurino.
- KOTTACK, C. P. (1994) *Una exploración de la diversidad humana*, Madrid: Mc.Graw- Hill.
- LÓPEZ IZQUIERDO, F. (1996) *Cincuenta autores y sus escritos sobre toros. Siglos XIII al XX*, Madrid: Aqualarga editores.
- LÓPEZ IZQUIERDO, F. (1996) *Historia del toro de lidia*, Madrid: Aqualarga.
- LLORCA, V. (1993) “Los toros de otra parte”, *A los Toros*, Madrid: La productora de Ediciones.
- MITRE FERNÁNDEZ, E. (1988) *Cristianos Musulmanes y Hebreos, la difícil convivencia de la España medieval*, Toledo: Biblioteca Iberoamericana.
- MONTOTO, L. (1998) *Costumbres populares andaluzas*, Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas, Sevilla: Editorial Renacimiento.

Pérez Álvarez, M^a de los Ángeles: La corrida: un ritual taurico o expresión secular de religiosidad

MOORE, H. (1991) *Antropología y feminismo*, Madrid: Ediciones Cátedra, S.A.

PÉREZ, R. (Mayo de 2000) *El toro, rey de la Fiesta*. ABC. Feria de San Isidro. Suplemento Especial Taurino.

RODRÍGUEZ BECERRA, S. (1998) Demófilo: "Las fiestas populares de toros". *Poder y fiestas populares en Andalucía*.

ROMERO DE SOLÍS, P. (1995) *Sacrificio y tauromaquia en España y América*, Sevilla: Secretariado de publicaciones Universidad de Sevilla. Edit. Pedro Romero de Solís.

SAMUEL, A. (1997) *Las religiones en nuestro tiempo*, Estella: Edit. Verbo Divino.

SUÁREZ-INCLÁN, J. (1993) "La Fiesta", *A los Toros*, Madrid: La productora de Ediciones.

TURNER, V. (1998) *El proceso ritual*, Madrid: Edit. Taurus.

ZABALA DE LA SERNA (14 de Mayo de 2000) *Eugenio de Mora, en propia carne*. "Este toro me ha matado", ABC. Salud. Madrid.